

# EL ATENEO.

PRECIOS POR TRIMESTRE.

En la capital. . . . 10 rs.  
Fuera de ella. . . . 12  
Números sueltos. . . 1

REVISTA SEMANAL,

PUNTO DE SUSCRICION.

En estaciudad, librería  
de D. Alejandro Villatoro,  
Comercio, 57.

ÓRGANO DE LAS CONFERENCIAS CIENTÍFICO-LITERARIAS.

DIRECTOR, D. ENRIQUE SOLÁS Y CRESPO.

REDACTORES Y COLABORADORES.

Srita. Doña Adela Sanchez Cantos.  
Sr. Marqués de Medina.  
Bartolomé Feliú.  
Emilio Grondona.  
Pedro Gallardo.  
Matías Moreno.  
Manuel Nieto.  
Andrés M. Gamero.  
Juan Emeline.  
Eugenio Olavarría.

D. Eduardo Uzal.  
Saturnino Milego.  
Eduardo Serrano Altamira.  
Gabriel Bueno.  
Mariano Gallardo.  
Francisco Alvarez Uceda.  
Leopoldo Ascension.  
Julio B. Infantes.  
Atilano Bastos.  
Luis Rodriguez Miguel.

D. Teodomiro Saavedra.  
Juan Antonio Gallardo.  
Miguel Perez.  
Francisco Martin Arrúe.  
Santiago Martin.  
Eustasio Serres.  
Emilio Pascual.  
José Jimenez Pajarero.  
Ricardo Antoñanzas.  
Venancio Ruano.

AÑO I.

TOLEDO 11 DE ABRIL DE 1878.

NÚM. 6.º

## CONFERENCIAS.

Como habíamos anunciado en nuestro número anterior, el jueves último á las ocho y media de la noche y con las formalidades de costumbre ocupó la Tribuna nuestro querido amigo el ilustrado Catedrático del Instituto de esta poblacion D. Saturnino Milego, á cargo del cual estaba la conferencia de aquel dia.

Después de un breve exordio, encaminado principalmente á consignar la gratitud y confianza que en el espíritu despiertan siempre las delicadas atenciones que el ilustrado público de las Conferencias sabe dispensar á los que suben á aquella Tribuna, comenzó el Sr. Milego, declarando «con la sinceridad del que habla, oyendo la voz de su conciencia y de su razon,» que no trataba de hacer doctrina determinada ni escuela; cosa que en general reprobaba, como impropia, la filosofía y que condena y rechaza enteramente. Proclamando como condicion ingénita de todo sentido científico la reflexion libre, y cimentando la ciencia en el esfuerzo individual, sostuvo que cada hombre no debe tener más obstáculos para la emision de sus opiniones que el respeto que de buen grado debe guardar á la agena personalidad. «La tolerancia, añadía, es la base fundamental de toda cultura: no hay peligro ninguno en discutir todos los principios y todas las creencias; al contrario cuando la discusion de unos y otras se prohíbe, el mal recae únicamente sobre lo mismo que se trata de salvar, y en lugar de opiniones y creencias arraigadas hay hipocresía y

*fanatismo*, siempre abundantes en consecuencias funestas para la Humanidad.»

Animado del deseo de que el tema que iba á desarrollarse—*carácter crítico de la filosofía contemporánea*,—no estuviera falto de base para los oyentes agenos á los estudios filosóficos, procuró el Sr. Milego, dejar previamente sentado el concepto de la ciencia y del conocer científico en general y de la filosofía en particular. «Tendencia nativa en el espíritu humano, dijo, es el darse cuenta de sí mismo y de cuanto le rodea; reformar y rectificar lo imperfecto y contradictorio de sus conocimientos.» Fijadas las condiciones esenciales de la ciencia—verdad y certeza—así como las que la constituyen en sistema ú organismo de conocimientos—unidad, variedad y armonía,—razonó clara y sencillamente los fundamentos de division de la misma, para demostrar que el primero y más importante lugar en el campo del saber le corresponde á la filosofía «ciencia de las ciencias,» segun el dicho de Platon. El conocimiento de la causa por la cual toda cosa es lo que es; el conocimiento de lo que existe siempre y de una manera inmutable; el conocimiento de lo absoluto, de lo permanente y eterno de la realidad, tal debe ser el fin y el propósito del verdadero filósofo que no se detiene ante las preocupaciones, ni ante la autoridad de los demás. Él se remonta siempre hasta encontrar un principio de luz natural y una verdad tan clara que no pueda ponerse en duda.

«Así es la filosofía, para nosotros, añadió: una luz, no una nube; una ciencia de realidades, no

una ciencia de palabras; una ciencia fecundísima, no una estéril cadena de nomenclaturas y divisiones arbitrarias; una ciencia religiosa, no un conjunto de impías é inmorales afirmaciones.»

Y como el origen de los errores, no ya sólo de sistemas sino de épocas y siglos enteros de la ciencia humana, se encuentra en la manera de entender y proponerse el hombre la cuestión de la filosofía, creyó oportuno hacer un paralelo entre las distintas direcciones del pensamiento humano, jamás estacionario ni retrógrado en la historia. Todos los sistemas filosóficos, mediante los cuales se manifiesta parcial y gradualmente la verdad á la conciencia humana, cumplen la ley del progreso bajo la variedad y la oposición. Cuatro eran, á juicio del orador, las corrientes distintas que aparecen siempre en cualquier período del desarrollo de la ciencia, cuya lucha y discusión fecunda origina las grandes afirmaciones y produce las saludables crisis del pensamiento. «Todo período crítico en la historia del pensamiento, dijo, es anuncio seguro de un nuevo progreso. Las que pudieran llamarse horas solemnes de la vida del saber, se hallan también caracterizadas por crisis cada vez más profundas y laboriosas determinantes de síntesis más amplias y progresivas.»

Desmostró luego de qué modo materialistas y espiritualistas, escépticos y ecléticos se dividen, en cada era de la ciencia, el campo de la investigación, apoyándose al efecto así en la filosofía de Oriente, como en la griega y alejandrina que prepararon la aparición de la cristiana, resúmen de todos los elementos útiles de la historia filosófica anterior, bajo la idea de Dios como Ser Supremo, y de la vida eterna. Consideró igualmente la oposición entre el sentimiento y la inteligencia, entre la fé y la razón durante el período de la edad media, para llegar á Descartes y Bacon que como padres de la filosofía moderna señalan el derrotero del pensamiento, en conformidad con las leyes biológicas apuntadas. Del mismo modo fueron brevemente considerados los esfuerzos de los continuadores de una y otra dirección, para llegar al momento en que aparece el sistema armónico en que termina la edad de variedad que durante tantos siglos forma el tejido de la historia. «Hora es ya de que la humanidad salga de la agitación permanente en que ha estado condenada. Todo anuncia una más ordenada y superior unidad en que poseyéndose el hombre en la conciencia de sí mismo viva en una nueva y más armónica relación con todos los órdenes de las cosas.»

Hizo notar que el defecto capital de todos los sistemas anteriores reconocía por causa el que se apoyaban en una base mal segura, sobre un análisis incompleto del espíritu humano. De aquí dedujo le necesidad de rehacer enteramente ese análisis del espíritu en todas sus facultades y bajo sus modos diferentes de obrar y de ser. «La filosofía desde Kant, decía el Sr. Milégo, tiende con intención acertada y constante á resolver en unidad superior el dualismo lógico psicológico, ontológico y teocosmológico que casi connaturalizado en la razón ha dividido sus fuerzas y desautorizado sus doctrinas.»

Discurriendo acerca del carácter de la filosofía contemporánea hizo notar que las ideas pierden cada vez más su carácter de hostilidad apasionada para tomar una forma más amplia y armónica. Las escuelas filosóficas entran insensiblemente en un período de superior construcción y organismo; unas y otras comprenden los peligros y los vicios del principio individualista y exclusivo sobre que descansaban. «Ha pasado el tiempo de las doctrinas exclusivas; búscase en todas partes una doctrina armónica que concilie por medio de principios superiores las verdades parciales, entrevistas en los sistemas opuestos y trace un nuevo camino á la actividad humana. El choque de contrarias teorías ni las perjudica ni las quebranta, sino que á la inversa, hace que se penetren y amalgamen formando la síntesis de lo exacto y lo verdadero.»

Deploraba el triste espectáculo que ofrecen los que impulsados por el ardor intemperante de las pasiones de escuela y partido, ó por el fanatismo intransigente, gastan inútilmente su energía combatiendo aquéllo que en el hombre es más difícil de contener—las exigencias de la razón—y que le eleva sobre los demás seres del mundo. Recordó con este motivo que ya Descartes hablando de la razón, como de lo más sublime que al hombre diera la Divinidad, hubo de compararla con la rúbrica que el artista pone en las obras de que se siente orgulloso.

«Espíritus descontentadizos ó dominados por invencible pereza intelectual, tan amigos de conclusiones hechas como enemigos de sujetar su pensamiento al poderoso yunque de la reflexión propia, quieren seducir á los demás suponiendo que pueden señalarse límites arbitrarios á lo incognoscible.»

Combatiendo á los que, ó por propias limitaciones ó por falta de ejercicio en el trabajo racional, sólo ven nebulosidades en la filosofía ó no ven nada—que para el caso es lo mismo—y se adelan-

tan á inferir que los demás tampoco ven nada, exclamaba: «Eso es juzgar presuntuosamente del hecho y vista ajena; eso es intentar contra la vida de la razon, abusando de la razon misma, como el insensato suicida que da la muerte á su cuerpo con la mano de este mismo cuerpo. Los que así se condenan á muerte voluntaria no han menester ser contestados ni convencidos.»

Defendió la filosofía contemporánea de los dictados de atea, panteista, inmoral y tantos otros como «espíritus extraviados dignos de compasion y de lástima» le aplican. Observó que la mayor parte de los que de esa suerte blasfeman, ni siquiera han abierto un libro que trate de filosofía. «De otra suerte no sabriamos explicarnos esa confusion lamentable de términos que emplean los enemigos de los fueros de la verdad, de la razon y de la conciencia.»

La filosofía se aparta de toda mira egoista para cernerse en las regiones de la pureza y desinterés. A la circunspeccion exquisita que preside todo el trabajo de los verdaderos filósofos se debe, á juicio del disertante, el que se sostengan como en atmósfera más pura, luchando contra toda clase de inconvenientes, despreciando las persecuciones, la miseria, la libertad y la vida, cuando es necesario, por investigar la verdad cuyos frutos todos hemos de recoger. «Sócrates, Platon y Aristóteles en la antigüedad; San Agustin, San Anselmo y Santo Tomás en el mundo cristiano; Descartes, Kant y Krause en los tiempos modernos, son los representantes del pensamiento divino en el movimiento filosófico de la Humanidad sobre la tierra.»

La religion y la filosofía, las más elevadas manifestaciones de la vida y del pensamiento humano tienen cada una sus elegidos y sus mártires; pero «cosa extraña, decia el Sr. Milégo, los pensadores en su orgullo se han apartado de Dios y los místicos en su obstinacion han cerrado los ojos á la luz: los elegidos de la filosofía son los reprobados de la religion y los mártires de la religion los enemigos de la filosofía.» De aquí dedujo la necesidad unánimemente reconocida de convertir la ciencia hácia el sentimiento religioso é ilustrar á su vez este sentimiento con un rayo de la razon á fin de que cese en la Humanidad «el triste hecho de una reunion de huérfanos, abandonados á sí mismos y desorientados, entre contrarios polos, como si no tuviéramos una ley y un destino comun que cumplir y un sólo Padre en el Autor de todo lo creado.»

De ese problema vital, el más grande de la fi-

losofía contemporánea, surgen multitud de reflexiones de que se aprovechó el orador para los efectos del tema objeto de la conferencia, y que le llevaron á considerar la vida racional, que distingue al hombre de las criaturas inferiores, fundada sobre las ideas absolutas de lo verdadero, de lo bueno, de lo bello, de lo justo y de Dios.

«Consagrarse á la realizacion libre y desinteresada de estas ideas eternas en el trascurso del tiempo, es el único y total fin del hombre. Hacer el bien pura y simplemente por el bien, hé ahí la vida moral; buscar la verdad únicamente por la verdad, hé ahí la vida intelectual ó científica; realizar y contemplar lo bello porque es bello, hé ahí la vida artística; cumplir lo justo sin otra consideracion que por ser de justicia, hé ahí la vida social; levantar el alma á Dios y establecer relaciones de amor y de caridad, por Dios mismo, hé ahí la vida religiosa.»

Desarrolladas estas importantes afirmaciones, aunque no con la extension que el orador se habia propuesto, atendiendo á lo avanzado de la hora, expuso brevemente cuál era el punto de partida de la filosofía contemporánea y cuáles las ventajas del método—en sus dos direcciones, analítica y sintética—que sigue y recomienda para llegar á darse cuenta del principio absoluto de toda realidad, que es la aspiracion del hombre como ser inteligente y de razon. Remontarse gradualmente de lo conocido á lo desconocido, partiendo del propio é inmediato conocimiento y escuchando la voz de la conciencia, libre de todo perjuicio ó preocupacion, es el trabajo del pensador que desea llegar á la posesion de la verdad, fin supremo y último de la filosofía contemporánea como de la de otra edad y período histórico.

Tal es, hecho á grandes rasgos, el resumen de la elocuente conferencia con que la amabilidad del Sr. Milégo encantó nuestro oido en el pasado jueves. Conociendo, como conocemos, la modestia tal vez exagerada de nuestro querido amigo, hemos de ser muy parcos en alabanzas, y bien á pesar nuestro, tenemos que privarnos de decir cuanto sobre su magnífico discurso se nos ocurre; pero por otra parte, cuanto digéramos sería pálido ante el entusiasmo con que el público numeroso que llenaba el salon interrumpia constantemente al orador al final de cada período; identificándose con él, hacía suyas las palabras del Sr. Milégo y daba muestras revelantes de asentimiento á todas sus lógicas afirmaciones, apoyadas en conceptos incontrovertibles, porque por cima de todas las pasiones, por cima

de todas las interesadas influencias, se encuentra siempre la razón.

Reciba nuestro estimado amigo la enhorabuena que le enviamos con todo nuestro corazón. La conferencia que dió la otra noche quedará siempre profundamente grabada en la memoria de todos cuantos tuvieron el gusto de escucharle, y para muchos tal vez señale la hora del despertar á la razón, á la luz. Puede el Sr. Milégo estar muy satisfecho de su obra.

## SECCION DE CIENCIAS.

### LA ASTRONOMÍA EN LA ANTIGÜEDAD. <sup>(1)</sup>

La contemplación y exámen de esa bóveda celeste que nos envuelve y á la simple vista parece limitar la extensión terrestre; el estudio de ese cielo en que Dios omnipotente nos muestra su eterna grandeza y sabiduría sin límites; ese espacio inmenso, poblado de innumerables millones de mundos, que haciéndonos concebir el infinito acusan nuestra pequeñez y soberbia, han sido para la humanidad desde los más primitivos tiempos objeto de sus constantes observaciones.

Puede asegurarse que el estudio de la Astronomía es tan antiguo como la aparición de los primeros seres pensantes que habitaron nuestro planeta; sin embargo, como los pueblos de la antigüedad han desaparecido con su origen sin dejarnos ni rastros de sus anales, idiomas y monumentos sólo nos queda de ellos una confusa é incierta tradición y enterradas ruinas que atestiguan su pasado y poderío.

Así pues, sin detenernos en tiempos para nosotros desconocidos completamente, haremos remontar como casi todas las demás ciencias, el conocimiento de la astronómica á 2.500 años ántes de Jesucristo.

Las más antiguas observaciones relacionadas con la Astronomía y cuyo conocimiento ha llegado hasta nosotros se debe al gran pueblo chino, puesto que en sus archivos aparece que en tiempo del Emperador Yao, más de 2.000 años ántes de nuestra era, ya en China se creó un tribunal de matemáticos encargado de la composición del calendario y anuncio de los eclipses. Se observaban ya las sombras meridianas y el paso de los astros por el meridiano valiéndose de *gnomon* ó estilo, se medía el tiempo por medio de relojes de agua ó

arena; se fijaba la posición de la luna con relación á las estrellas en los eclipses (lo que les hacía conocer las posiciones siderales del Sol y los solsticios), y se construían instrumentos apropiados para la medición de las distancias angulares de los astros.

Valiéndose de los medios expuestos, averiguaron los chinos que la duración del año solar era de 365 días y más de  $\frac{1}{4}$  de día, y empezaban á contarle desde el solsticio de invierno. El año civil era igual al lunar y para reducirlos á solares hacían que 235 lunaciones formasen un período de 19 años solares, corrección que después de 16 siglos introdujo Calippo en el calendario griego. Los meses tenían alternativamente 29 y 30 días y el año lunar 354 ó sea 11 y  $\frac{1}{4}$  días menos que el año solar, pero cuidaban de añadir un mes para salvar el error al año en que la suma de estas diferencias era mayor que una lunación.

Dividieron el Ecuador en 12 signos fijos y en 28 constelaciones, en las que con gran cuidado precisaban la posición de los solsticios. Un ciclo de 60 años constituía su siglo, y un ciclo de 60 días la semana; sin embargo les era conocida la división de esta en 7 días, muy en uso en todos los pueblos del Oriente, desde los tiempos más remotos. La graduación circular estuvo siempre en China relacionada con la duración del año, de manera que el Sol para ellos recorría diariamente un grado, y las divisiones de éste, del día y en general de las medidas ponderales y lineales eran decimales. Es decir, que hace lo menos 4.000 años que es conocida la ley de formación decimal, tan difícil de implantar completamente en nuestra patria.

Las primeras observaciones de conveniencia para la Astronomía se deben á Tcheou-Kong, cuya memoria aun hoy es venerada en China: este ilustre príncipe con sus astrónomos hizo varias muy importantes entre las cuales desgraciadamente no han llegado á nosotros sino tres, dignas de consideración por su muchísima antigüedad. Dos de ellas son las longitudes meridianas señaladas por el estilo en los solsticios de verano é invierno observadas con gran esmero en la ciudad de Loyang; estas acusan por la oblicuidad de la eclíptica en aquella época tan lejana, resultados conformes con la teoría de la pesantez universal. La otra es referente á la posición del solsticio de invierno en la bóveda celeste en la misma época. Esta también está conforme con la teoría ántes citada, en cuanto es posible lo permitieran los medios entónces empleados para un asunto tan delicado, y esta armonía

(1) (Laplace.)

tan notable evidencia la autenticidad de dichas observaciones.

La quema de las Bibliotecas chinas, mandada llevar á cabo por el Emperador Chi-Hoanti 213 años ántes de Jesucristo, hizo desaparecer con perjuicio de la ciencia los vestigios de los antiguos métodos de cálculo de los eclipses y otras muchas observaciones importantes, y así para encontrar las que sean de utilidad para la Astronomía ha sido preciso irse á buscar á la Caldea, retrocediendo cuatro siglos á la época de Tcheou-Kong.

El célebre Ptolomeo nos ha trasmitido varias de las observaciones caldeas, entre ellas como más antiguas tres eclipses de luna observados en Babilonia por los años 719 y 720 ántes de nuestra era, y de los cuales él mismo hizo uso para determinar los movimientos de la Luna, sin duda Hiparco y él no tenían otras más remotas que fuesen lo suficientemente precisas para servir de ayuda á estas determinaciones, cuya exactitud depende del intervalo que media entre las observaciones extremas. Esta consideración debe servir de lenitivo á nuestro sentimiento por la pérdida de las observaciones caldeas, que se dice que Aristóteles aprendió de Calistheno, y cuya antigüedad se cree data de 19 siglos ántes de Alejandro. Pero la verdad es que los caldeos no descubrieron sino tras una larga serie de observaciones, el período de 6.585 días y  $\frac{1}{3}$ , durante los cuales la Luna verifica 223 revoluciones respecto al Sol, 239 revoluciones anuales y 241 con relación á sus nodos. Para obtener el movimiento sideral del Sol durante este intervalo añadian un  $\frac{4}{133}$  de la circunferencia, resultando así para el año sideral 365 días y  $\frac{1}{4}$ . Ptolomeo, refiriéndose á este período lo atribuía á los más antiguos matemáticos; pero el astrónomo Geminus contemporáneo de Sylla, considera á los caldeos como inventores de él y explica la manera cómo encontraron el movimiento diurno de la Luna, y el método de que se valían para calcular la irregularidad aparente del movimiento lunar. Su testimonio debe tenerse por verídico, si se considera que el *saros* caldeo de 223 meses lunares, forma parte del período precedente.

Así los eclipses observados en un período, facilitaban un medio muy sencillo de predecir los que debían tener lugar en los sucesivos. Este espacio de tiempo, y la manera ingeniosa con que calculaban la irregularidad del movimiento lunar, es evidente que ha sido el fruto de numerosas observaciones comparadas entre sí con suma habilidad y el estudio astronómico más curioso legado á noso-

tros anterior á la fundación de la escuela de Alejandría.

Hasta aquí todo lo que sabemos con exactitud de la Astronomía de un pueblo que la antigüedad considera como el más adelantado en la ciencia de los astros. Las opiniones de los caldeos sobre el sistema del mundo, han sido varias, como era natural sucediese á una ciencia relacionada con objetos que la observación y la teoría no habían esclarecido todavía. Sin embargo algunos de los filósofos más afortunados que los otros, ó mejor instruidos en el orden é inmensidad del Universo, han creído que los cometas estaban como los planetas sometidos á movimientos regulados por las leyes eternas.

Poco sabemos con seguridad respecto de la Astronomía de los egipcios. La dirección de las caras de sus célebres y renombradas pirámides, mirando cada una de aquéllas á uno de los puntos cardinales, acusan desde luego una idea muy favorable respecto á la manera de verificar sus observaciones; pero desgraciadamente ninguna de ellas ha llegado hasta nosotros. Pérdida por demás sensible, y que no puede ménos de admirarnos al considerar que los astrónomos de Alejandría tuvieron que recurrir á las observaciones caldeas para asentar las suyas. Indudablemente, sea que las observaciones egipcias se habían perdido ó que éstos no hayan querido comunicarlas por un exceso de celos, de que fuera base el favor de los soberanos á la escuela que ellos fundaron, es lo cierto que nuestras lamentaciones son justas, al considerar que la ciencia perdió á no dudar utilísimas comprobaciones para sus enseñanzas posteriores.

Antes de la época á que nos referimos ya la nombradía y reputación de sus sacerdotes, habían hecho acudir al Egipto los primeros filósofos de la Grecia. Thales, Pythagoras, Eudoxio y Platon adquirieron allí los grandes conocimientos con que enriquecieron su patria; y es verosímil el creer que la escuela Pythagórica les debe algunas de las sanas ideas que su maestro profesara acerca de la constitución del Universo. Macrobe atribuye á los egipcios ser los primeros que señalaron los movimientos de Mercurio y Venus alrededor del Sol. Su año civil era de 365 días, período que dividían en 12 meses, y cada uno de éstos en 30 días; añadiendo al último mes 5 días complementarios ó epagómenos y si hemos de creer á Mr. Fourier, observando las apariciones helíacas de Sirio la más brillante de las estrellas, calcularon que éstas se retardaban un cuarto de día cada año, y como con-

secuencia de esta observacion fundaron el período zodiacal de 1.461 años, en el que coincidían próximamente en las mismas estaciones sus meses y fiestas. Este período se renovó en el año 139 de nuestra era, y si aquél ha sido precedido de un período semejante como todo aduce á creerlo, el origen de éste se remontaría á la época en que con verosimilitud puede suponerse que los egipcios fundaron su Astronomía y dieron nombres á las constelaciones del Zodiaco.

Ellos observaron también que durante 25 de sus años, la Luna hacia 309 revoluciones alrededor del Sol, lo cual da un valor muy aproximado de la duracion del mes, y por último todavía se ve por lo que á nosotros ha llegado de sus zodiacos que observaban con gran cuidado la posición de los solsticios en las constelaciones zodiacales.

Se atribuye á los egipcios la division de la semana en 7 dias. Este período era conocido desde los más remotos sistemas astronómicos y eran consagrados al Sol, la Luna y los planetas que colocaban en el siguiente orden de distancias á la tierra empezando por la mayor Saturno, Júpiter, Marte, el Sol, Venus, Mercurio, la Luna. Cada dia tomaba el nombre del astro correspondiente y las 24 horas en que dividían el dia se consagraban también proporcionalmente á dichos astros.

La semana con nuestras mismas denominaciones era conocida en la India entre los Brakmanes y también hacían uso de ese período de 7 dias los árabes, judíos, asirios y todo el Oriente. Imposible es pues, conocer entre tantos pueblos quién haya sido el inventor de él, sólo sí puede asegurarse que es el monumento más antiguo de los conocimientos astronómicos. Como hemos dicho el año civil de los egipcios era de 365 dias, y es fácil observar que si á cada año se da el nombre de su primer dia, los nombres de los años serían perpetuamente los de los dias de la semana. Tal vez los hebreos por esta razon formaron las semanas de años tan en uso entre ellos; pero en conclusion es evidente, que, el período llamado semana debe su manera de ser á un pueblo cuyo año era solar y de 365 dias.

Los conocimientos astronómicos parecen haber sido la base de todas las teogonias, pues solo se explica así su origen de la manera más clara y sencilla. En la Caldea y en el antiguo Egipto, la Astronomía no se cultivaba sino en los templos, por sacerdotes que cimentaban en ella, las supersticiones de que eran ministros.

(Se continuará.)

## SECCION LITERARIA.

### EL AMOR CONTRARIADO.

(CUENTO FANTÁSTICO)

ORIGINAL DE

DON JOSÉ MARÍA CORANTÍ.

#### I.

Existía desde tiempo muy remoto en Castilla la Vieja un castillo feudal, cuyas ruinas aun se conservan, señorial residencia de los Condes de.....

Asentaba el castillo sobre una colina á cuyos piés se extendía un ameno y pintoresco valle, esmaltado con los más preciosos y variados caprichos de la naturaleza: plantas exóticas, árboles frondosos, flores raras, hijas unas del cultivo, y del acaso otras; que si bien éstas apenas entreabrian su corola como avergonzadas, los matices de unas y otras, alternando entre sí, ofrecían á la vista el conjunto más bello y encantador que imaginarse pueda. Cruzaban además el valle en direcciones diferentes, multitud de arroyuelos, cuyas transparentes aguas, al deslizarse por sus arenosos cauces, producían un murmullo dulce, que se asociaba armónicamente al singularísimo concierto que reinaba en tan deleitable sitio.

#### II.

En una noche apacible y deliciosa de primavera, en hora en que el sol acababa de recoger su cabellera de púrpura, que festoneaba el horizonte y el cielo empezaba á vestirse su manto de delicado azul, bordado de estrellas, velada apenas la luna por azulada y trasparente nubecilla; en esa hora en que los ruiseñores han cesado ya de cantar sus amores, refugiándose en la copa de los árboles, y los céfiros al besar sigilosamente á las flores, se llevan consigo sus perfumes; en esa hora, repetimos, en que el alma se extasia en la contemplacion, sorprendieron agradablemente á la hija del Conde, á la jóven y hermosa Elvira, los lejanos acordes de una bien templada arpa. Había tanta armonía en sus notas, que se dirigió á la ventana, arrastrada por secreto poder.

Nunca el panorama que tenía á la vista le pareciera tan encantador como en aquella noche. Aquel paisaje, la soledad aquella y las vibrantes y sonoras notas al par que sentidas y apasionadas, que exhalaba aquel instrumento, y que cada vez se hacían más perceptibles, le hablaron al corazón y le hicieron latir.....

Dibujaba la luna con fantásticas tintas la apuesta figura del enamorado trovador, haciendo resaltar más el lindo contraste del azul celeste de su riquísima ropilla con la blanca pluma fina de su birrete. Y.... tañía tan bien el arpa...., había tanta soltura en sus ademanes...., y era el mancebo tan gallardo y tan gentil, que la jóven se sintió desfallecer. . . . .

. . . . .

III.

Una noche después, cuando todos dormían, y la luna que estaba en el secreto, presintiendo, tal vez, lo que iba á suceder se había ocultado, no sabemos si por un natural recato de su sexo, ó por no morir de celos; el audaz trovador, burlando la vigilancia de los centinelas, escalaba con agilidad y destreza indecibles, los muros del castillo y penetraba por la abierta ventana, en el cuarto de Elvira, que loca de amor, le recibía en sus brazos. Imposible fuera pintar los amorosos transportes á que se entregaron los amantes en noche tan plácida. Aparte de la natural timidez de la jóven, aquélla no parecía una primera entrevista, ántes por el contrario, cualquiera que los hubiera visto, creído hubiera también que se amaban hacía mucho tiempo. Y en realidad era así, si bien ella no había visto nunca al doncel hasta la noche ántes al pié del muro, presentía por decir así, su existencia, habíaselo forjado en sus sueños tal como era, y le amaba ántes de conocerlo. En cuanto á él la pasión que sentía por Elvira, había criado ya hondas raíces en su pecho.

Asidos ambos de las manos se juraron amor eterno. Juróle también Elvira, delante de la imágen del crucificado, que en un rincón de la estancia iluminaba una bronceada lámpara, difundiendo en derredor su luz tenue y vacilante, ser sólo suya.

Al separarse, eran esposos ante Dios. . . . .

IV.

Otras noches pasaron y otras horas de ventura para los amantes. Mas ¡ay! cansóse la suerte de proteger sus amorosas cuitas; y una noche cuando él descendía por el muro, cayó herido de muerte por una flecha que le disparó uno de los centinelas. Oyó Elvira el siniestro silbido de aquélla, y oyó también el golpe seco del cuerpo inerte de su amante al desplomarse.

Un grito desgarrador salió de su pecho y cayó al suelo sin sentido.

¡Pobre niña! La vida que hasta entonces había sido para ella un vergel, que sólo le había brindado con sus flores, empezaba ya desde este instante á mostrarle las espinas que aquéllas guardan!

Al día siguiente los pecheros en el castillo se contaban unos á otros en voz baja y con gran sigilo (con menoscabo de la virtud de Elvira), el suceso de la noche anterior. No llegaron afortunadamente sus hablillas y murmuraciones á oídos del Conde que felizmente todo lo ignoraba.

El cadáver del desdichado amante no fué hallado..... pues sin duda fué recogido y sepultado por alguno de sus más fieles servidores que siempre le acompañaba en sus amorosas empresas.

V.

Trascurrió un mes sin que Elvira dejara todas las noches, apoyada en el alfeizar de su ventana, de pasar horas enteras absorta en la contemplación de aquel paisaje, á cuya vista forjábanse mil quiméricas ilusiones: ora creía oír aquellos adorados acordes, que tantas huellas

habían dejado en su corazón, ora pensaba ver la figura de su amante, avanzando con paso tardo en la penumbra. Ilusiones que fatigaban su cerebro y la hacían derramar, abandonada en un reclinatorio, copioso llanto que enjugaba después la oración.

Trascurrió, como decíamos, un mes, cuando un día llamó el Conde á su hija Doña Elvira, para participarle su resolución de que tomase estado.

Nacido el Conde en una época esencialmente guerrera, arrullaron la alborada de su vida el choque de las picas y el crujir de las armaduras.

Armado muy pronto caballero, la inclinación y el deber le lanzaron en aquel torbellino de sangre y esterminio, y no encontraba placer como no fuera blandiendo la espada ó enristrando su lanza. Por su destreza en el manejo de ellas era aclamado siempre vencedor en los torneos, su diversión favorita.

Indiferente á toda otra sensación que no fuese la de las armas, para las que sólo parecía que había nacido, su corazón no sintió nunca esas dulcísimas impresiones del amor, que son á él lo que á la flor un rayo de sol y una gota de rocío; lazos santos que unen á dos almas y las hacen girar, á semejanza de los ángeles, en torno de Dios. Y si bien es cierto, que cuando mancebo, había requerido de amores á Doña María de Escosura, fué por seguir la costumbre de los otros caballeros de su tiempo; y si lazó después con ella, lo hizo por no ver extinguirse con él su ilustre linaje.

Vencedor siempre en cuanta empresa guerrera tomó parte, nunca vencido, había aprendido á mandar, mas no á obedecer ni transigir.

Siendo tal el Conde, se comprende la indiferencia con que escucharía las palabras de Elvira, que le habló de su inmenso amor á D. Manrique de Alvarado, de su solemne juramento y de sus fervientes deseos de abrazar la vida monástica, dejándolas sin respuesta, muy lejos de creer que fuese una negativa, lo que tenía por puerilidades infantiles.

VI.

Llegó el día en que el Conde D. Alvaro, queriendo cumplir la palabra empeñada con D. Fadrique de Mendoza de darle en matrimonio á su hija Doña Elvira, ordenó lo necesario.

Publicaron los heraldos con tres días de anticipación, por todos los ámbitos del señorío, el enlace que iba á tener lugar.

Desde aquel momento el regocijo fué general.

Empezaron los preparativos de las justas y torneos, se dispuso lo conveniente para correr toros y cañas y para las danzas y otros festejos.

Espiró pronto tan corto plazo, y amaneció el día señalado para la boda.

Apenas los sonrosados rayos de la luz crepuscular teñían con sus vivos colores el horizonte anunciando un hermoso día, cuando ya las campanas sonaban alegres.

Elvira, agobiada con el peso de tanto infortunio, escuchaba sus tañidos como si plañieran la muerte. Su cabeza era un caos, á ella acudían incesantemente en labe-

rintico tropel, se revolvían y hacinaban ideas sobre ideas y recuerdos sobre recuerdos. La sombra de Manrique por todas partes arrojándole al rostro sus juramentos....., las plácidas horas pasadas á su lado....., su violenta muerte...., su sacrilego casamiento con D. Fadrique...., la severidad del Conde...., y aquella confusión de pajes, escuderos y luces, la tenían atónita.

Vestida con el blanco velo de desposada, prendido á la cabeza por una diadema de azahar; trémula, desencajadas sus facciones, fijos los ojos al suelo y pálida como la estatua del dolor, avanzaba entre la multitud cual tímida oveja destinada por el paganismo al sitio del sacrificio á donde iba á inmolar su corazón en aras de la obediencia.

La tempestad que desde punto de mediodía veníase anunciando, se desató furiosa, no bien entrada la noche, haciéndose cada vez más imponente.

Negras, densas y amenazadoras nubes cubrían el firmamento.

El huracán rugía con espantoso estrépito al chocar contra las almenas del castillo.

El relámpago dejaba ver á intervalos su luz rojiza y retumbaba el trueno de un modo aterrador.

Así la noche, llegó la hora en que el esposo de Elvira recordó á ésta los deberes del tálamo; empero, cansado de emplear cariñosas palabras y dulces ternizas, pidió á la violencia lo que le negaba el amor.

En aquel supremo instante cayó con horrisono estruendo un rayo en el castillo que lo entregó á la voracidad de las llamas, sembrando el pánico entre sus moradores, huyendo los más despavoridos y pereciendo los otros. El padre y el esposo de Elvira sucumbieron también víctimas de su temerario arrojo en aquel funesto trance.

Y cuenta la tradición que desde entonces fué tenido por las gentes del condado de muy funesto agüero, cuando en el día de sus bodas sobrevenía alguna tormenta.

(Se concluirá.)

## LA ROSA Y LA TUMBA. (1)

(TRADUCCION DE VICTOR HUGO.)

Dijo á la rosa la tumba

Con melancólico acento:

—¿Qué haces del copioso aljófara

Que vierte el alba en tu seno?

Y la flor dijo á la tumba:

—¿Qué haces tú de tanto muerto

Como un día y otro día

Depositán en tu centro?

La rosa le respondió:

—De ese rocío que bebo

(1) Esta lindísima composición ha sido publicada recientemente en la *Ilustración Española y Americana*, de donde la tomamos por la circunstancia de haber sido leída en la sesión inaugural de las Conferencias.

Yo hago miel y aroma de ámbar  
Que doy, cuando pasa, al viento.

Y dijo á su vez la tumba  
A la flor interrumpiendo:

—De cada alma que recibo

Yo hago un ángel para el cielo.

E. DE OLAVARRIA.

## MISCELÁNEA.

El ilustrado Profesor del Instituto de esta capital, Don Luís Rodríguez Miguel, es el encargado de la conferencia de esta noche, cuyo tema es: *Historia comparada de España, Castilla, Aragon y Portugal desde 1336 á 1387.*

Recomendamos á los agricultores que encontrándose ya muy cerca de las comarcas españolas el terrible enemigo de las viñas, conocido con el nombre de *phylloxera*, procuren por todos los medios posibles observar las reglas publicadas por la Junta directiva del Instituto agrícola catalán de San Isidro, á fin de prevenir y atajar el mal, si por desgracia se presentase.

Como curiosidad insertamos la siguiente regla:

Para hallar la relación entre un año de la E'gira y otro Gregoriano, se resta  $\frac{1}{33}$ , del primero y al resto se le añaden 622.

Ejemplo: Buscar á qué año corresponde el 1295 de la E'gira:

$$1295 - \frac{1295}{33} + 622 = 1878 \text{ y una fracción.}$$

Para resolver el problema inverso, se resta 622 de la cifra Gregoriana y se añade  $\frac{1}{32}$  al resto.

Ejemplo: Hallar el año á que corresponde el 1878 Gregoriano:

$$1878 - 622 + \frac{1878 - 622}{32} = 1295 \text{ y una fracción.}$$

Demostración: Cada año musulmán tiene 11 días menos que uno Gregoriano porque es esencialmente lunar; sus días empiezan á la postura del sol, de modo que

$$33 \text{ años E'gira} = 32 \text{ Jesucristo} + 2 \text{ días.}$$

$$33 \text{ años Jesucristo} = 33 \text{ E'gira} - 2 \text{ días.}$$

Despreciando la fracción que resulta, la relación es de 33 á 32 para los años de la E'gira; de 32 á 33 para los años de Jesucristo. Cada siglo musulmán es, pues, tres años más breve que el nuestro; un árabe de 100 años es, en realidad, más joven que un europeo de 98.

Segun los Boletines oficiales de la India, en 1876 se mataron allí 23.459 fieras, tigres, leopardos, diferentes osos y 212.371 serpientes venenosas que en aquel mismo año habían mordido á 15.746 personas que sucumbieron todas.

La India por lo que se ve, se halla literalmente infestada de reptiles.

TOLEDO, 1878.

IMPRESA Y LIBRERÍA DE FANDO É HIJO,

Comercio, 31 y Plata, 19.